

III. MARÍA Y LA IGLESIA

María y la Iglesia

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica que María es verdaderamente la Madre de los miembros (de Cristo) porque colaboró con su amor a que nacieran en la Iglesia los creyentes, miembros de aquella cabeza. María, Madre de Cristo, es Madre de la Iglesia (CEC #963).

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica, que la estructura de la Iglesia está totalmente ordenada a la santidad de los miembros de Cristo y que María nos precede a todos en la santidad, por lo cual la dimensión mariana de la Iglesia precede a su dimensión petrina (ver CEC # 773), es decir, que el miembro más santo de la Iglesia es María, antes que ningún otro, incluso antes que Pedro. Lo que dice san Pablo en Ef 5, 27 se le aplica perfectamente. Ella es, en sentido espiritual, la Esposa santa e inmaculada.

La Iglesia en la Santísima Virgen llegó ya a la perfección, sin mancha ni arruga. En cambio los fieles cristianos se esfuerzan todavía en vencer el pecado para crecer en la santidad. Por eso dirigen sus ojos a María: en Ella, la Iglesia es ya enteramente santa (CEC # 829).

Por su total adhesión a la voluntad del Padre, a la obra redentora de su Hijo, a toda moción del Espíritu Santo, la Virgen María es para la Iglesia el modelo de la fe y de la caridad. Por eso es miembro supereminente y del todo singular de la Iglesia, incluso constituye la figura (typus) de la Iglesia (CEC # 967)

María en la Liturgia

¿Qué es la liturgia? La acción cultual de la Iglesia.

En la Liturgia, la Iglesia le rinde un culto particular a María.

La santa Iglesia venera con especial amor a la bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María, unida con un vínculo indisoluble a la obra salvadora de su Hijo; en Ella mira y exalta el fruto más excelente de la redención y contempla con gozo, como en una imagen purísima, aquello que ella misma, toda entera, desea y espera ser. (CEC # 1172)

La reordenación del Vaticano II...distingue entre solemnidades, fiestas y memorias, según la importancia mayor o menor de la celebración.

En el año se celebran como solemnidades (Misa de precepto): Santa María, Madre de Dios (el 1 de enero); su Asunción al Cielo (15 de agosto); su Inmaculada Concepción (el 8 de diciembre) y, en México, Santa María de Guadalupe (12 de diciembre).

Otras Solemnidades (no Misa de precepto) son la Anunciación del Señor (25 marzo) y la Presentación en el Templo (2 febrero).

Fiestas marianas: La Natividad de María (8 septiembre); y la Visitación (31 mayo).

Memorias obligatorias: María Reina (22 agosto); Virgen de los Dolores (15 septiembre); Virgen del Rosario (7 octubre) y Presentación de María (21 noviembre).

Memorias libres: Nuestra Señora de Lourdes (11 febrero); Inmaculado Corazón de María (sábado sig. después del Sagrado Corazón de Jesús); Nuestra Señora del Carmen (16 julio); Dedicación de la Basílica de Santa María la Mayor (5 agosto).

La oración de María

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica, que en la oración a María, se alternan habitualmente dos movimientos: uno que engrandece al Señor por las maravillas que ha hecho en su humilde esclava y por medio de ella, en todos los seres humanos; el segundo confía a la Madre de Jesús las súplicas y alabanzas de

los hijos de Dios, ya que ella conoce ahora la humanidad que en ella ha sido desposada por el Hijo de Dios. (CEC # 2675).

María es la orante perfecta, figura de la Iglesia. Cuando le rezamos, nos adherimos con ella al designio del Padre, que envía a su Hijo para salvar a todos los hombres. Como el discípulo amado, acogemos en nuestra intimidad a la Madre de Jesús, que se ha convertido en la Madre de todos los vivientes. Podemos orar con ella y orarle a ella. La oración de la Iglesia está como apoyada en la oración de María. Y con ella está unida en la esperanza (CEC # 2679).

María, Mujer Eucarística.

En su Carta Encíclica sobre la Eucaristía, san Juan Pablo II dedicó un capítulo entero a María, llamándola: 'Mujer Eucarística'. Vale la pena comentar cada uno de los seis apartados de dicho capítulo (el VI).

53. Dice JP II que si queremos descubrir la riqueza de la relación que hay entre la Iglesia y la Eucaristía, es necesario tener presente a 'María, Madre y modelo de la Iglesia'.

María es Madre de la Iglesia desde el momento en que Jesús se la encomienda al discípulo amado, desde la cruz (ver Jn 19, 25-27;)

Una mujer con una vocación maternal tan grande que la llevó a ser Madre de Dios, no podía quedar con una maternidad truncada en su vida terrena posterior a la Muerte y Resurrección de su Hijo.

Jesús renueva, por así decirlo, su vocación a ser madre y la hace madre de todos.

Uno puede sólo imaginar el cariño maternal con que habrá acogido a los apóstoles en ese Viernes Santo en que cada uno habrá tenido mucho que llorar arrepentido, mucho de qué avergonzarse; y también puede uno imaginarla compartiendo con ellos el gozo inefable de la Resurrección del Señor; y su manera serena y sencilla de orar como una más en medio de ellos.

María Madre de Dios y Madre nuestra, es modelo de la Iglesia porque se reconoce esclava del Señor, porque tiene a Jesús en su seno, porque vive para que se cumpla en ella lo que el Señor quiera.

Dice JP II que en la Carta apostólica 'Rosarium Virginis Mariae' presenta a María como la Maestra que nos enseña a contemplar el rostro de Cristo.

Enfatiza su Santidad el aspecto contemplativo de María. Vale la pena ahondar en esto: solemos considerar que contemplar es simplemente un mirar algo con arrobamiento, pero es muchísimo más que eso. La contemplación a la que se refiere JP II no queda a nivel de ojos, sino que baja al corazón e inunda toda la vida. Es oración contemplativa que ve penetrando los rasgos interiores de Aquel que se contempla para hacerlos propios, para permitir, como en un pantógrafo que lo que la mirada va delineando por fuera, se vaya también dibujando por dentro...

Vivimos a la carrera, sin tiempo para detenernos a contemplar. Lo único que 'contemplamos' de manera superficial y plana es la pantalla del cine o la televisión. JP II nos invita a hacer un alto y acercarnos a María contemplativa, a sintonizarnos, por así decirlo, en su misma frecuencia y aprender a contemplar a Jesús como Ella...

Dice que en los 'misterios de la luz', que añadió a los otros tres misterios del Rosario (gozosos, dolorosos y gloriosos), incluyó la Institución de la Eucaristía porque considera que María nos guía hacia este Santísimo Sacramento, pues aunque los Evangelios no mencionan que ella estuviera presente en la Última Cena, se sabe que sí oraba junto a los Apóstoles (ver Hch 1,14), y seguramente participaba con los primeros cristianos, de la celebración de la Eucaristía. Aclara JP II que no sólo porque María comulgara la llama 'mujer eucarística', sino por la actitud interior que ella tuvo toda su vida.

REFLEXIONA:

En su libro *María* el padre Félix de Jesús Rougier MSPS dice que seguramente en casa donde vivían san Juan y la Virgen María había un Sagrario para Jesús Sacramentado, *el lugar más santo de la tierra durante los primeros años de la Iglesia* (p. 207)

Dice el padre Félix que *la adoración al Santísimo Sacramento era para Ella no sólo un consuelo inefable por la presencia de su Divino Hijo, sino sobre todo el cumplimiento de un deber sagrado y el coronamiento de su vocación incomparable.* (p. 208).

Se pregunta el padre Félix: *¿Qué hacía la Virgen Santísima ante el Sagrario? ¿En qué pensaba? ¿Qué decía a su Jesús Sacramentado?*

Y responde: *Haría lo que en Belén ante el pesebre: lo que en Nazaret cuando, descansando un momento, miraba a Jesús trabajando: lo adoraba, lo amaba y se mantenía en espíritu postrada a sus pies.*

REFLEXIONA:

Imagina a María entrando a una Iglesia, ¿hacia dónde crees que se dirigiría? Obviamente hacia el Sagrario. La atraería poderosamente la Presencia de su Hijo, querría a toda costa estar ahí con Él, junto a Él.

Pide a María que te ayude a tener y a compartir con otros Su mismo amor, su anhelo intenso de cercanía con Jesús.

54. Plantea JPII que como el misterio de fe de la Eucaristía nos obliga a confiar completamente en la palabra de Dios, pues nuestro entendimiento no alcanza a comprender, María puede ser nuestro apoyo y nuestra guía, pues ella supo acoger la Palabra de Dios con fe total, y ella nos invita a hacer lo mismo.

Dice JPII que la Eucaristía 'supera de tal manera nuestro entendimiento que nos obliga al más puro abandono a la palabra de Dios' y propone que para lograrlo aprendamos de María que supo aceptar con fe total lo que se le anunció, lo que se le fue presentando.

María es 'Mujer Eucarística' porque tiene lo que se necesita en primer lugar para recibir la Eucaristía: fe total, aceptación plena, un decir 'sí' al Señor sin anteponer resistencias, temores, inquietudes. Cuando la razón no alcanza, cuando la lógica humana se estrella ante la realidad divina, hace falta saber decir sí como María, saber estar en paz ante aquello que no alcanzas a comprender, que te supera...

Cuando se obedece el mandato de Jesús de '*Haced esto en conmemoración mía!*', se obedece también lo que María pidió en las bodas de Caná: '*Haced lo que Él os diga*' (Jn 2, 5).

Parece como si María nos pidiera que no dudemos de que si Jesús fue capaz de transformar el agua en vino, "es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre", entregándose a nosotros, como verdadero 'Pan de vida'.

María nos enseña no sólo a escuchar al Señor sino a hacer lo que nos pide.

Ella, la siempre dispuesta a cumplir Su voluntad, nos invita a hacer lo mismo, no como a veces hacemos, con resignación o a regañadientes, sino con la profunda convicción de que hacer lo que Él pida es siempre lo mejor, que la voluntad del Señor nos da la vida...

Recordemos que en las bodas de Caná, ella pide a los sirvientes que hagan lo que Jesús diga, justo cuando Él acaba de dar a entender que no planeaba intervenir en ese asunto. Cuando ella pide: '*hagan lo que les diga*' no sabe si lo que Él va a decirles es que no hagan nada, o si les pedirá que hagan algo inesperado o desconcertante. Lo que sí sabe es que Jesús hace siempre lo mejor y que en ese sentido, el mejor camino para nosotros es hacer lo que nos pida.

REFLEXIONA:

María, Mujer Eucarística nos invita a hacer lo que nos pide Jesús, y esto no sólo se cumple comulgando (es decir, respondiendo al mandato de '*haced esto en conmemoración mía!*'), sino que, al comulgar, pedirle al Señor que nos transforme desde dentro para saber conformar nuestra vida a Su voluntad. Que cuando lo recibamos sepamos como María, no sólo llevarlo en nuestro seno, sino amoldarnos enteramente a Él...

55. Reflexiona JPII en que María ha tenido fe en la Eucaristía incluso antes de la Última Cena, al haber aceptado que en su seno se encarnara el Hijo de Dios.

Los santos suelen enfatizar mucho la preparación que conviene tener antes de participar en la Eucaristía. Esta frase del Papa nos da una pauta muy grande: María aceptó que en su seno se encarnara el Hijo de Dios, con toda la responsabilidad que ello implicaba.

Antes de comulgar debíamos preguntarnos si de veras nos estamos disponiendo a que el Hijo de Dios se encarne también en nosotros, a que entre en nosotros y nos transforme la vida y, a través de nosotros, transforme la vida de los que nos rodean...

Conchita de Armida decía que cuando comulgaba sentía que comulgaba el sol: que su luz irradiaba a través de ella. Al comulgar debíamos preguntarnos si nos damos cuenta de que estamos comulgando al 'sol que nace de lo alto', a 'la luz que brilla en las tinieblas'.

Comenta JPII que aunque la Eucaristía nos hace presentes la Pasión y Resurrección de Jesús, al mismo tiempo no es posible dejar de relacionarla con la Encarnación, es decir, con el hecho de que María concibiera al Hijo divino, "incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre", lo que en cierta medida sucede en todo creyente que recibe, al comulgar, el cuerpo y la sangre del Señor.

María recibe el cuerpo de Cristo en su seno, engendrado por obra del Espíritu Santo. Nosotros, cuando comulgamos, recibimos también en nuestro interior, el cuerpo de Cristo presente en la Eucaristía por obra del Espíritu Santo.

Nos hace ver JPII cómo hay una gran relación entre ese 'hágase en mí' que pronunció María ante el Ángel, y el 'amén' que cada fiel pronuncia cuando se dispone a recibir el cuerpo del Señor.

María es la llena de gracia porque está totalmente abierta a que se cumpla en ella lo que el Señor quiera. Hágase en mí.

Cuando pronunciamos 'Amén' al comulgar, no sólo estamos respondiendo que sí es el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sino también que sí lo aceptamos, que sí lo recibimos, que sí nos abrimos totalmente a recibirlo y a dejar que nos inunde, que nos mueva, que nos transforme.

Cada Amén pronunciado con todo el corazón nos abre a la gracia, como María...

A María se le pidió creer que por obra del Espíritu Santo recibió en su seno al Hijo de Dios (ver Lc 1, 30.35). A los creyentes hoy se nos pide creer que por obra del Espíritu Santo recibimos al mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, "presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino".

En la Anunciación se le dice a María que el Espíritu Santo hará que reciba en su seno al Hijo de Dios. En la Plegaria Eucarística ese mismo Espíritu Santo transforma el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo, para que podamos recibirlo nosotros también.

La fe en esta Presencia Real de Cristo en la Eucaristía nos hace tener la absoluta seguridad de que Cristo está ahí, para que podamos contemplarlo, adorarlo, recibirlo y llevarlo a los demás.

Comenta JPII cómo en la Encarnación se vislumbra lo que en adelante sería la fe de la Iglesia en la Eucaristía. Con alma de poeta nos muestra cómo en la llamada 'visitación', María, que lleva en su seno al Señor, se convierte en el primer tabernáculo (es decir, sagrario en el que se guarda la Eucaristía), "donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como 'irradiando' su luz a través de los ojos y la voz de María".

María acude presurosa, apenas se entera de la situación de su prima.

Pidamos a María tener una vocación de servicio como la suya: sencilla, sin resistencias, pronta, humilde.

María lleva a Jesús al encuentro de otros.

Pidámosle nos ayude a llevar a Jesús para que otros salten de gozo, para iluminar con ese sol, a los que están en tinieblas y en sombras de muerte...

María 'irradia' a Jesús, según dice bellamente el Papa.

Pidámosle ayuda para llevar a Jesús en nuestra mirada, paciencia, comprensión, sonrisa, espíritu de servicio, humildad, capacidad para perdonar, para tolerar a otros, etc.

Nos lleva luego el Papa con la imaginación a Belén y nos señala cómo la mirada de adoración de María cuando contemplaba a Jesús recién nacido en sus brazos, es el modelo de amor que debe inspirarnos en cada comunión eucarística.

REFLEXIONA:

¿Con qué actitud te acercas a comulgar?, ¿con la misma actitud arrobada con que María lo contemplaba? JP II nos invita a aprender de María a quedarnos en amorosa contemplación de Jesús que viene a nosotros en la Comunión.

56. Nos comenta JP II cómo durante toda la vida de María junto a Cristo, y no solamente el momento en el Calvario, ella vivió el sacrificio de su Hijo, la entrega total que sucede en la Eucaristía; que el anciano Simeón le anunció que una espada le traspasaría el alma (ver Lc 2, 34. 35), y que conforme se fue preparando para el día de la muerte de Jesús, María vivió "una especie de 'comunión espiritual', es decir, que se mantuvo siempre unida a Cristo, como la vemos al pie de la cruz y también en la Eucaristía que celebraban los apóstoles. No perdemos la dimensión de que este Jesús que podemos comulgar a Jesús porque entregó Su vida por nosotros. Comulgar a Jesús es saber que nos invita a acompañarlo a la cruz.

Recordamos en el Evangelio según San Lucas que en una ocasión, no quisieron recibir a Jesús en un pueblo de samaritanos, porque supieron que 'iba hacia Jerusalén'.

Así solemos reaccionar nosotros. Nos gusta recibir al Hijo de Dios que hace maravillas, pero al que muere, al que nos pide que aprendamos a morir con Él ya no nos gusta.

JP II no nos permite olvidar esta dimensión sacrificial de la Eucaristía, y que cuando comulgamos estamos también diciendo 'hágase en mí' a ese llamado de Jesús a seguirlo no sólo cuando predica bonito o hace milagros, sino cuando camina hacia el Calvario en Jerusalén.

Desde su alma de hombre profundamente sensible, nos invita JP II a preguntarnos qué sentiría María cuando oía a Pedro o a Juan o a alguno de los apóstoles pronunciar las palabras que Jesús dijo en la Última Cena: '*Éste es mi cuerpo, que es entregado por vosotros*' (ver Lc 22,19), pues el cuerpo del que hablaban, ¡era el que Ella llevó en su seno! Supone que para María, el recibir la Eucaristía era como volver a acoger en su regazo ese corazón que latió al mismo tiempo que el suyo, y también revivir todo lo que sintió cuando estuvo al pie de la Cruz.

En cada Eucaristía, María debe haber recordado esos momentos en que tuvo entre sus brazos el bultito aquel de Jesús recién nacido y todo era luz de estrellas y canto de ángeles, y también cuando tuvo entre sus brazos a Jesús herido y muerto, y ya no brillaba el sol. Comulgar para ella era acoger ambos momentos en su corazón, aceptar la promesa de vida en ambos, aceptar la entrega y sacrificio que significaron tanto la Encarnación de Jesús como Su Muerte.

En cada Eucaristía María reiteraba un sí que iba, ininterrumpido como un puente, desde la Encarnación hasta la Muerte de su Hijo.

57. Reflexiona JP II en que cuando celebramos lo que Cristo realizó con Su Pasión y Muerte, celebramos también lo que hizo con su Madre para beneficio nuestro: confiarla a su discípulo y, en él, entregarla a cada uno de nosotros. "*¡He aquí a tu madre!*" (Jn 19, 27). Por lo tanto, recibir la Eucaristía implica recibir también este regalo, tomar a María como Madre, aprender de ella, dejarnos acompañar por ella. Nos hace notar que como María es Madre de la Iglesia, está presente en todas nuestras celebraciones de la Eucaristía, según reconocen, desde la antigüedad, tanto las Iglesias de Oriente como las de Occidente.

El Señor no quiso dejarnos solos: nos regaló a Su Madre y nos regaló a la Iglesia.

Es interesante hacer notar que lo que se dice de María, se puede aplicar a la Iglesia.

58. Propone JP II que leamos el Magnificat teniendo en mente la Eucaristía, pues ésta es, como el canto de María, alabanza y acción de gracias.

REFLEXIONA:

Qué hermoso que al comulgar 'tu alma se alegre en Dios tu Salvador porque ha puesto los ojos en tu humillación, en tu nada, porque el Creador de todo cuanto existe, condesciende a venir a ti.

Qué bello que te regocijes al comulgar dándote cuenta de que el Señor ha hecho también grandes cosas en ti, y que experimentes Su misericordia infinita, Su infinito afán de saciar tu hambre al grado de darse a Sí mismo por alimento tuyo...

Se nos invita a revisar la manera como comulgamos y como reaccionamos después de comulgar. Qué pena que lo hagamos sin pensar, como un acto rutinario, dejando que la mente se distraiga con los mil pendientes que tenemos que resolver después.

JP II sacó su fuerza extraordinaria de la oración y de la presencia continua de Dios en su vida, y en este documento nos invita a hacer lo mismo.

Nos hace ver cómo María alaba al Padre 'por' Jesús, pero también 'en' Jesús y 'con' Jesús (lo cual nos recuerda las palabras que cierran la Plegaria Eucarística en Misa: 'Por Cristo, con Él y en Él...'), una actitud que él califica de 'eucarística'.

Estas palabras podrían ser el lema con el que emprendamos cada nueva jornada: hacerlo todo por Jesús (buscando cumplir Su voluntad); con Jesús (tomados firmemente de la mano para no tropezar ni caer ni alejarnos de Él) y en Jesús (porque en Él vivimos, nos movemos y somos, y en cada Eucaristía, entramos a participar de lo que Él es).

Señala cómo al tiempo que María recuerda las maravillas que Dios ha hecho en la historia, proclama la mejor de todas: la que nos traería la salvación. Afirma que cada vez que el Hijo de Dios se hace presente en la 'pobreza' del pan y el vino, se *'derriba del trono a los poderosos'* y se *'enaltece a los humildes'* (ver Lc 1, 52) y se anuncia el cielo nuevo y la tierra nueva.

Insiste el Papa en que nadie como María para ayudarnos a vivir mejor la Eucaristía, pues, concluye gozoso, este don extraordinario "se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María ¡toda ella un magnificat!" Pidamos a María que nos conceda saber mantenernos como ella, abiertos a la gracia y siempre gozosos: agradeciendo y alabando a Dios por el inigualable regalo de poder recibirlo en la Eucaristía y llevarlo a los hermanos, no sólo en nuestro relicario, sino en nuestro corazón.

Vivir la Eucaristía con María

Nuestra participación en la Eucaristía se enriquece enormemente si la vivimos con la ayuda de María. Considera, por ejemplo:

Ritos iniciales

Cuando el celebrante dice: *¡El Señor esté con ustedes!* podemos pedirle que nos ayude a abrirnos a Su presencia como Ella se abrió. Que nos alegremos siempre sabiendo que el Señor está con nosotros.

En el Acto Penitencial, Ella intercede por nosotros pecadores ante Dios nuestro Señor.

En el Gloria, le pedimos nos ayude a imitarla en su aprecio y alabanza de las maravillas de Dios, como Ella hizo en el Magnificat.

Liturgia de la Palabra

A Ella, que dio a luz al Verbo, le pedimos que nos ayude a acoger Su Palabra, a abrirnos a la escucha; que ruegue por nosotros ante Dios para que nos dé, como a Ella, oídos de discípulo.

Que aprendamos de Ella a meditar la Palabra, guardarla en el corazón, vivirla y comunicarla.

Liturgia de la Eucaristía

En la Presentación de las Ofrendas, le pedimos nos ayude a reconocer, como Ella, que todo lo que somos y tenemos se lo debemos a Dios, y a ofrecérselo humilde y amorosamente como ofrenda.

•A la ofrenda de Cristo se unen no sólo los miembros que están todavía aquí abajo, sino también los que están ya en la gloria del cielo: La Iglesia ofrece el Sacrificio Eucarístico en comunión con la santísima Virgen María y haciendo memoria de ella, así como de todos los santos y santas. En la Eucaristía, la Iglesia, con María, está como al pie de la cruz, unida a la ofrenda y a la intercesión de Cristo• (CEC # 1370).

En la Plegaria Eucarística nos acogemos a su intercesión.

Rezamos el Padrenuestro con la conciencia de que Dios es nuestro Padre y Ella nuestra Madre.

En la Comunión le pedimos que ruegue por nosotros para que sepamos acoger a Jesús con el mismo amor y la misma disponibilidad con que Ella lo acogió en su seno.

Ritos de despedida

Le pedimos que nos acompañe, que camine con nosotros por la vida, a Ella, la primera evangelizadora, la primera misionera cristiana de la historia, le rogamos que interceda por nosotros para que sepamos salir a llevar a Cristo a los demás.

REFLEXIONA:

•No es tanto la Iglesia la que nos da a María, cuanto María quien nos da a la Iglesia. Con más precisión: en cuanto Madre de la Iglesia, María nos da a su Hijo divino a través de la Iglesia, y a través de la Iglesia suscita nuevos hermanos y hermanas para Cristo• (Hahn, p. 129).

Dice el Catecismo de la Iglesia Católica, que hay que volver la mirada hacia María •para contemplar en ella lo que es la Iglesia en su misterio, en su peregrinación de la fe, y lo que será al final de su marcha, donde le espera, para la gloria de la Santísima e indivisible Trinidad, en comunión con todos los santos, aquella a quien la Iglesia venera como la Madre de su Señor y como su propia Madre• (CEC #972).

REFLEXIONA:

Haz Lectio Divina (dedicar unos minutos a leer detenidamente; otros a meditar lo leído, y otros a orar, dialogando con María sobre lo leído y meditado), con las oraciones y Lecturas de la Misa de alguna de las cuatro Solemnidades dedicadas a María.